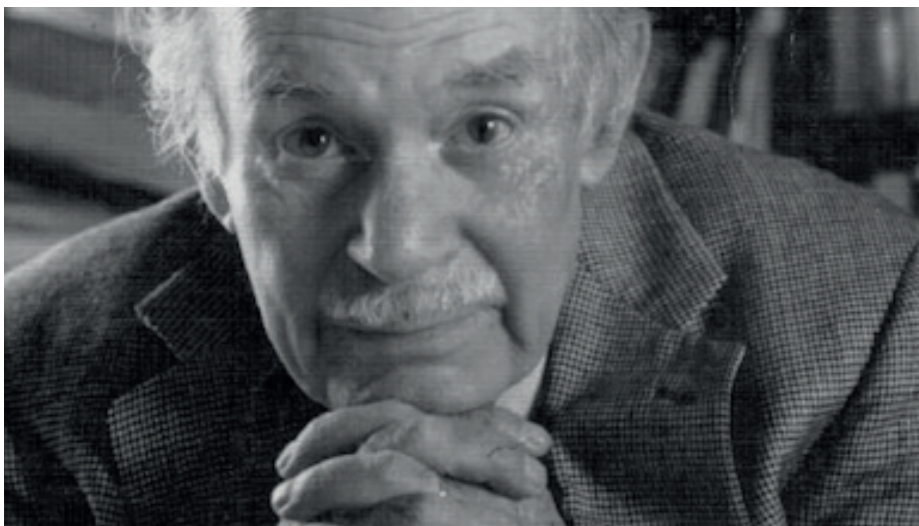


Periodista y escritor

Por Miguel Ángel Sánchez de Armas

México, D.F., 23 de Febrero de 2015



Noviembre fue un buen mes para que Edmundo Valadés se despidiera. El otoño era *su* estación. Todas sus grandes aventuras, todas las que merecieron ser contadas, fueron en otoño. Generosidad del destino: la más grande, la única *cierta*, también le llegó en otoño y entonces le dijimos hasta luego... hasta que nuestro propio otoño nos alcance.

Pero a cien años de su nacimiento y 21 de su muerte, no escribo para llorar a Edmundo ni para cubrir su recuerdo con un manto de nostalgia. Me interesa compartir algunas imágenes del Valadés periodista, reportero arquetípico que el cine de los cuarenta pudo haber tomado como modelo para una cinta de los *chicos de la prensa*.



La tentación del periodismo le venía de familia, mientras que la literatura fue un dolor sordo en el corazón. Su abuelo y su padre fueron periodistas. Su primo José C. Valadés le abrió las puertas con Diego Arenas Guzmán y con Regino Hernández Llergo y pisó una redacción siendo adolescente. La literatura no se le reveló como una certeza sino hasta los 40, cuando tuvo entre sus manos el primer ejemplar de *La muerte tiene permiso*.

“Entonces supe que realmente era un escritor”, me dijo en nuestras *Conversaciones* a mediados de los ochenta.

Regino Hernández Llergo fue su maestro, casi su padre; y la relación terminó en doloroso alejamiento. En *Hoy*, al lado del tabasqueño, Valadés se hizo periodista y al mismo tiempo estuvo a punto de no ser escritor. En palabras de Edmundo:

“Me metí al periodismo y dejé de escribir literatura. Hice una entrevista con Isaac Ochoterena



y don Regino dijo: ‘¡Esto es antiperiodístico!’ Entonces ya no me atreví a escribir; fui formador, secretario y jefe de redacción. Luego regresé: crítica taurina, crítica de cine, pero no periodismo, hasta la serie del ‘*Cuatro Vientos*’, que tuvo gran éxito.”

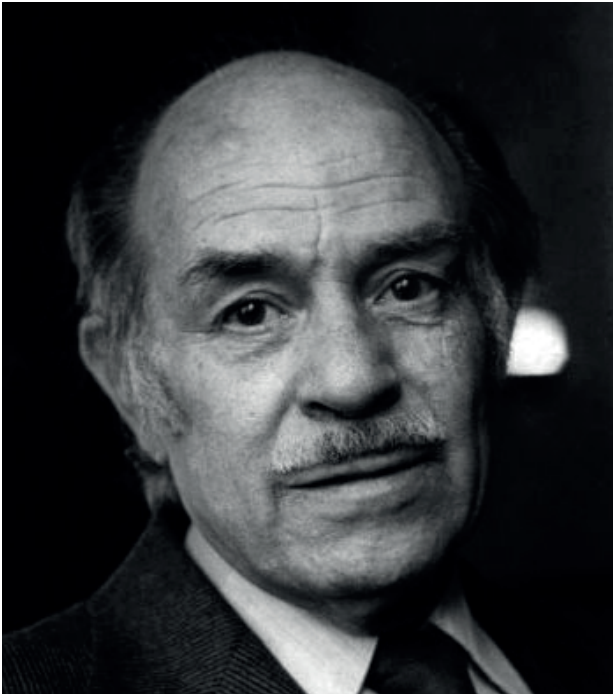
Era la gran inseguridad de Edmundo, remontada a duras penas. Sólo quien estuvo cerca de él puede entender lo que le costaba superar esa timidez, ese sentirse “un ser así pequeño, minúsculo”.

Los reportajes en *Hoy* sobre el “*Cuatro Vientos*” -un aeroplano español perdido en la sierra alta de Puebla a principios de los treinta- fueron la sensación de la temporada. Cuando Edmundo se presentaba en el café La Habana los parroquianos murmuraban: “¡Ése es el del *Cuatro Vientos*!” Valadés había demostrado al mundo y a sí mismo su fuerza como periodista y como narrador. El propio Regino exclamaría: “¡Qué revelación, no sabíamos que teníamos aquí a un gran reportero!”

Y sucedieron dos cosas que fueron clave para la doble faceta literaria y periodística de Edmundo. Primero, no siguió siendo reportero. Segundo, allá en la sierra, en la selva, en la parcela de una familia mazahua que le dio hospitalidad, se hizo proustiano.

La sola mención del episodio se antoja como tomada del realismo mágico, y Edmundo parece confirmarlo en su propia narración:

“Me comisionan para hacer el reportaje y compro en una librería, para leer en el camino, *Por el camino de Swann*. En ese tiempo yo no sabía quién era Proust. Allá en la sierra lo leí, cuando acampábamos en unos cafetales. Entré a Proust de manera muy fácil, siendo tan difícil. Fue una cosa natural, inmediata. Me atrapó desde el principio y seguí...”



Después su, digamos, *des-conversión* al periodismo:

“Otro de mis grandes errores fue que en lugar de seguir siendo reportero, volví a las cosas internas de *Hoy*. Fue mi gran momento, ¡carajo!, y debí haberle pedido a don Regino seguir como reportero. Pero no sé, tenía yo falta de fe, de confianza en mí mismo. ¡Había yo dudado tanto! ¡Tenía dudas de que pudiera, de que supiera escribir.”

Un tarde fraterna de charla y güisquis, discutimos sobre periodismo y literatura. “¡No!”, respondió a mi insistencia. “¡El periodismo no aporta nada a la literatura!” Pero muy avanzada la noche, muy acaloradas las palabras, muy repetidos los güisquis, tuvo que admitir:

“Por primera vez me estoy dando cuenta de que el periodismo sí me aportó personajes, ambientes, situaciones, para varios de mis cuentos. Es decir, nacieron por otras motivaciones y el periodismo me dio el complemento, me dio el ambiente, me dio algunos personajes, me dio algunas otras cosas para la obra literaria”.

Entre algunas de esas “otras cosas” Edmundo recibió del periodismo la anécdota verídica que -como el orfebre que a partir de un tosco pedazo de metal teje una cadena de frágiles y delicados eslabones-, habría de ser la materia del más conocido de sus cuentos: *La muerte tiene permiso*.

En este recuerdo no puede faltar uno de los frutos del Valadés escritor-periodista: la revista *El Cuento*, hoy desaparecida.

El Cuento es hijo de esa aleación, de ese encuentro de cosmos, de esa dualidad que desgarró a Edmundo durante toda su vida: una creación literaria concebida en el periodismo. *El Cuento* fue el heraldo que a lo largo y ancho del mundo de habla hispana divulgó el género y atizó vocaciones que hoy siguen briosas y productivas.

La memoria de Edmundo está siempre conmigo.

